

el que mira inspirar, verdadero Dios que
ser esa mano, y el que inspira, el que
tal como que ser, la que lo inspira, el
la madre del Señor, y así se inspira, la
Virgen santa, pues es gracia y no fuerza
sino de debilidad y poder, la gracia
entre milanes, la de Dios de los ángeles, la
fuerza de la tierra y de los cielos, el de
pues de Dios es para, lo más grande y lo
no de ser hombre, que existe y que lo
de, por que no lo he visto nunca, tal de
hijos, por que la gracia es el don de
más grande es en poder que nuestra in-
seria, que se inspira, en el espíritu de su
amor, nuestra inspiración, la gracia de
deus, el que no se inspira, y la gracia
deus, el que se inspira, la que se inspira, la
concepción, como los que se inspira, la
deus, el que se inspira, la que se inspira, la
esta no se inspira en el espíritu de la
vita, que con ellos que son los que
la gloria de la vida, que se inspira, la
nuestra gloria, la que se inspira, la



DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA VELADA

DE LA

SOCIEDAD CATÓLICA

DE SAN ANDRÉS CHALCHICOMULA

el 14 de Diciembre de 1884.

El que mira inspirar, verdadero Dios que
ser esa mano, y el que inspira, el que
tal como que ser, la que lo inspira, el
la madre del Señor, y así se inspira, la
Virgen santa, pues es gracia y no fuerza
sino de debilidad y poder, la gracia
entre milanes, la de Dios de los ángeles, la
fuerza de la tierra y de los cielos, el de
pues de Dios es para, lo más grande y lo
no de ser hombre, que existe y que lo
de, por que no lo he visto nunca, tal de
hijos, por que la gracia es el don de
más grande es en poder que nuestra in-
seria, que se inspira, en el espíritu de su
amor, nuestra inspiración, la gracia de
deus, el que no se inspira, y la gracia
deus, el que se inspira, la que se inspira, la
concepción, como los que se inspira, la
deus, el que se inspira, la que se inspira, la
esta no se inspira en el espíritu de la
vita, que con ellos que son los que
la gloria de la vida, que se inspira, la
nuestra gloria, la que se inspira, la



I

SEÑORES:

ES inmensa la distancia que hay entre Dios y el hombre: inconmensurable abismo separa de su Criador á la criatura. ¿Cómo podría llegar hasta el Infinito ese átomo viviente perdido en la amplitud de la creación que se llama el hombre, y que en último término por un prodigio inescrutable, es un destello inmortal de inteligencia y de amor, escondido al cruzar sobre la tierra en una partícula de cieno? Siendo al parecer imposible toda relación directa entre la nada del hombre y lo infinito de Dios, para colmar tan inmenso vacío, el Verbo se hizo carne, habitó entre nosotros, y el fuego inextinguible de su amor

sin límites, forjó el eslabón sublime que uniera con su Criador á la criatura, que atara para siempre el tiempo á la eternidad!

Nadie puede llegar hasta Dios sino por medio de Dios mismo hecho hombre, por Jesucristo que para elevarnos á su Eterno Padre, se puso hasta nuestro nivel vistiéndose de nuestra baja. Es la luz, como dice la palabra santa, que ilumina á todo hombre al venir á este mundo. "Es Él la luz y la vida, el camino y la vía." Es hombre sin duda Jesucristo; pero es Dios al mismo tiempo, y al acercarnos á nuestro hermano, nuestra miseria se estremece ante la majestad de Dios. Es hombre, y está sin embargo muy distante de nosotros; es el eslabón de caridad que á Dios nos ata; pero otro eslabón de ternura es necesario que á Él nos una, para llegar hasta Él sin caer muertos ante el resplandor de su divinidad. Ese segundo eslabón de amor y de misericordia, es María.

María es la más bella, la más amable y la más excelsa de las criaturas, pero criatura siempre, hija de Adán como nosotros, con la misma carne y el mismo hueso que nuestras hijas y que nuestras madres: con una

alma inmaculada y purísima, henchida de virtudes y desbordante de gracia; pero alma humana y sólo humana como la nuestra, donde el dolor desataba sus rugientes tempestades, y abría los hondos manantiales de las lágrimas amargas. Hombre como nosotros, Jesucristo es nuestro hermano; pero ¿quién se atrevería á llegar hasta Él sin ir asido á la mano de su Santa Madre? ¿Quién sin cubrirse el rostro con el manto de María pudiera resistir los resplandores del Tabor ni los abatimientos del Calvario, el rayo de sus justicias ni las irradiaciones de sus misericordias?

¡Si supiéramos los humanos lo útil que nos es María! Suprimidla con el pensamiento un solo instante, y veréis reinar las tinieblas y el espanto sobre el haz del mundo! Los más graves y profundos teólogos de todas las edades, como si cavaran en veta riquísima é inagotable, mucho han meditado sobre la misión excelsa de María en el inmenso plan de la Bondad Divina para la redención humana; á nosotros que no nos es dado volar con las poderosas alas de San Juan Crisóstomo, de San Basilio y de San Agustín; que no tenemos las hondas

ternuras de San Epifanio, de San Buenaventura y San Bernardo; que tampoco podemos cavar hasta las últimas profundidades del pensamiento humano, con Suárez y Santo Tomás, no nos queda, sino por los senderos más fáciles del sentimiento, llegar á persuadirnos, que después de Jesucristo, María es el presente más digno de un Dios de infinito amor, á su criatura! ¡ El corazón que no ama á María debiera volver á la nada! Corazón que no la ama, ¿qué espera amar ya en la tierra ni el cielo?

II

Como el que tiene un brillante de muchos quilates y límpidos fulgores, posee una presea, aun cuando él mismo ignore su valor; así la joya moral de más subido precio es el amor á María, aun cuando nuestras almas por la grosera vestidura que las encierra y las hace vivir en tinieblas, no puedan darse cuenta á sí mismas, del tesoro inmenso que es amar á la Virgen! Es después de Dios mismo, lo más amable que pueda existir; al mandarnos que la amemos, nos ha-

ce Dios el regalo más grande y magnífico de su misericordia! Si como vemos las cosas sensibles con los ojos del cuerpo, viéramos con los del alma las verdades espirituales, mirariamos entonces asombrados, que el más tenue rayo de amor á María vale más que lo que puedan valer juntos, todos los más grandes, nobles y santos amores de la tierra.

El más débil rayo de amor hacia la Virgen, cuando rasgado el velo de los tiempos, pasemos los umbrales de la eternidad, atónitos contemplaremos, que vale mucho más que todas las sublimes abnegaciones de un padre amante, que todos los respetos tiernos de un hijo cariñoso, que todos los castos afectos de una esposa púdica y enamorada, que todas las caricias inocentes de una hija idolatrada, que todos los sollozos y las lágrimas de una madre amorosa y desolada!

Amar á María es cosa muy grande entre las cosas grandes; pero ¿cómo amarla sin conocerla? y ¿cómo llegar á conocerla si no comenzamos por creer en ella? El alma humana tiene sed insaciable de realidad y de ventura. Muchos extravían el camino, pero verdad y dicha buscan todos los humanos;

tras la verdad van, el sabio orgulloso que no puede encontrarla á través de las densas tinieblas de su soberbia, y el humilde pensador que se lanza á buscarla, asido siempre al cable de la fe: en pos de felicidad corren, el corazón que quiere hacerla surgir del cieno de sus propias pasiones, y el espíritu limpio que la espera, confiado en una palabra infalible y resignado en una misericordia infinita. Pensar y amar son la textura íntima de nuestro sér moral, y sólo por uno de ambos cauces, el de la inteligencia ó el del sentimiento, puede llegar la verdad hasta nuestras almas, en el orden general de los designios divinos. La fe que es la verdad por excelencia, es virtud teologal, es decir, viene de Dios, y brota en nuestras almas cuando al Señor le place, sin que sepamos cómo; brota al fuego de la inteligencia y caridad infinitas, como brotan la espiga y la flor en los campos, como nacen las nítidas espumas que coronan las olas de los mares y como surge del seno de la nube la deslumbrante chispa del relámpago.

Los más inspirados acentos, las más sonoras voces y las más altas inteligencias

del saber humano, convergen á través de los siglos, para ensalzar el nombre y las glorias de María. Anunciada por los patriarcas y preconizada por los profetas, fué la maestra de los apóstoles y la inspiradora de los evangelistas. Los mártires la invocaban como su reina, y las vírgenes y los santos la proclaman como el modelo de la limpieza y de la santidad. Sembrado está el mundo de monumentos erigidos á su gloria, y millares de millones de santuarios tiene en los corazones de los cristianos que fueron, son y serán hasta la consumación de los siglos.

María, una necesidad sublime de la redención á los ojos de la teología, es ante la ciencia y la historia una evidencia; y en el imperio sin lindes del sentimiento humano, es el latido de todo corazón creyente y la luz que alumbra los insondables abismos del mundo sicológico. Para creer en ella y para amarla en tierna hiperdulia, basta contemplar las huellas que ha dejado en los lugares santos que más se dignara impregnar, por decirlo así, de su presencia.

Al ver su brillante y dilatada cauda en el espacio no es posible dudar que lo cruza algún cometa: cuando flotan las nubes per-

fumadas del incienso en las altas bóvedas del templo, no se duda del incensario que las exhala. Cuando la techumbre celeste se inunda de luz y de colores, no es posible dudar del sol que la ilumina. En María, mi madre la del cielo, más creo todavía que en la que fué mi madre sobre la tierra, la que siendo niño me estrechó en sus brazos, y la que anciana ya, espiró entre los míos. ¿Cómo no creerte y adorarte María, mi Madre inmortal, cuando yo mismo he visto, palpado y sentido las huellas de tu angusta presencia, en Nazaret, en Karim y en Lourdes?

No como la relación vanal de un viajero, sino como la confidencia fraternal é íntima que un cristiano hace á sus hermanos en creencias y en esperanzas, escuchad el testimonio de lo que ví y sentí. ¡Ojalá que mis palabras pudieran causar en vuestros corazones aunque fuera un solo latido de amor hacia la Reina de los cielos y la tierra!

III.

En esta misma estación del invierno y hace siete años, estaba yo en Palestina. No

sé por qué me llena de regocijo, que de todos los países de Africa y Asia, de Europa y América que he visitado, ninguno se asemeje tanto como el nuestro á la Tierra Santa. Exceptuada la parte de la Judea donde Jerusalem se asienta, y que se mira marchita y amarillenta, como calcinada por la ira del Señor, el resto de la Palestina en su clima, en su suelo y en su cielo, grandes analogías tiene con nuestro país. La Samaria y la Galilea especialmente, están rodeadas de grandes montañas cubiertas de poderosa vegetación como las nuestras, y cuya robusta musculatura se mira marcada desde lejos, por lo sombrío de sus profundas hondonadas. El Jordán desliza sus ondas de un gris azulado entre tupidas arboledas que orlan sus riberas, como las que bordan las márgenes de nuestros ríos. En las llanuras de Saron ondean los trigales como en nuestros campos y el viento sacude los ruidosos maizales. En el valle ardiente de Jericó cae el sol á plomo y el suelo exhala un aliento abrasador como en nuestras tierras cálidas del Sur y de las costas.

Habíamos salido de Naplusa, población vecina á la antigua Sebaste capital de la

Samaria, y después de una larga jornada en que alternativamente habíamos sufrido los rigores del sol y de la lluvia, llegamos hambrientos, calados por el agua y rendidos de fatiga, al pequeño pueblo turco llamado Janin, situado á inmediaciones de la antigua Betulia donde Judit mató á Holofernes, y que se halla colocado en las fronteras de la Galilea con la Samaria. En Janin nos quedamos esa noche, para continuar al día siguiente y con las primeras luces de la mañana nuestro viaje hacia Nazaret.

En Oriente se viaja comunmente á caballo.

Toda aquella mañana galopamos, teniendo al Norte el mar de Tiberiades y llevando á nuestra derecha las ruinas de Naim y Cafarnaum. Un amplio y fértil valle separa las montañas de la Galilea y la Samaria: el día estaba fresco y sereno, y era una delicia incomparable cruzar á galope tendido aquellas llanuras, aspirando salud y vida por todos los poros del cuerpo y absorbiendo con todos los del alma tantas tradiciones y recuerdos. Después del medio día llegamos al pie del Tabor, monte aislado, pequeño y redondo, que un día se vió alumbrado por las irradiaciones de la Transfigu-

ración del Señor, y desde donde se miran enclavadas en el flanco de la montaña que está enfrente, como nidos de palomas, las blancas casas de Nazaret.

Como la mayor parte de los pueblos montañosos de la Palestina, no está Nazaret situado en la cumbre, sino en la ladera de la serranía de Galilea y como si estuviese colgado en una de las depresiones del terreno. Esto hace que desde lejos no se le mire, y es indecible la dulce sensación que se experimenta al descubrirlo. Nazaret no es pequeña población con calles trazadas y edificios alineados, sino verdadera aldea con el caserío desparramado en las fragosidades de un suelo desigual. A orillas de la población están la fuente y manantial de agua purísima y cristalina, de donde la Virgen Santísima sacaba la que había menester para sus faenas domésticas, y una gran piedra llamada la mesa de Nuestro Señor, porque sobre ella solía comer con sus discípulos.

En la población misma están y se conservan aún, al menos en parte, la sinagoga donde por primera vez predicó el Señor y el taller en que trabajaba el Señor San José; y en el centro de ella se mira la Iglesia

edificada en el lugar en que estuvo la casa de la Santísima Virgen. Esta veneranda y humilde casa se componía de dos compartimentos, uno de ellos labrado en la roca misma y el otro edificado: la parte edificada, como es sabido, fué trasladada por los ángeles á Dalmacia primero y después á Italia; y en Nazaret quedó la parte labrada en la roca, que formaba la cocina y la alcoba de aquel sacrosanto hogar. Todo esto se halla dentro de la Iglesia levantada precisamente para cubrirlo, y en el lugar de la alcoba están señalados los sitios que ocupaba la Santísima Virgen y en el que posó la sombra del ángel, cuando la Anunciación. Al prosternarse lloroso y conmovido para besar ese sitio en que se verificó tan asombroso prodigio de la Divina Misericordia, no es decible lo que el alma siente!

De todas las emociones que puede sufrir el corazón humano, es una de las más fuertes, tras larga ausencia y desde gran distancia, volver al seno del hogar donde nos esperan las gentes que nos son más queridas. Cuando al volver del extranjero, mi madre idolatrada que vivía aún, abrió sus brazos para recibirme, un sollozo de júbilo

se atravesó en mi pecho y me hubiera ahogado si no se desata antes mi alegría en raudales de llanto dulcísimo. Ahora mismo, dolorosa lucha desde hace algún tiempo consigo mismo está sosteniendo mi espíritu, y el valor me ha faltado para ponerle término.

Cruzadas ya sus tierras por los rieles del ferrocarril Nacional Mexicano y en los confines del Estado de Michoacán con el de México, se halla la hacienda que fué de mis padres, y donde corrieron los días más tranquilos de mi adolescencia y de mi juventud, los más henchidos de ilusiones. Sólo allí recuerdo haber visto á mi familia toda, reunida, sana, contenta y feliz; á mi familia tan amante y tan amada, que el deber, el amor y la muerte han dispersado ya. Muchos años hace que no veo aquellos sitios y es intenso el deseo que tengo de arrojarles siquiera una mirada; pero el valor me ha faltado hasta ahora, para tornar á verlos.

Allí está la pequeña capilla donde oíamos misa y en coro rezábamos el rosario: al lado de la casa, la amplia huerta de frutales exquisitos que mi mismo padre mandó plantar para nuestro recreo. En uno de los ángulos del edificio la pequeña alcoba que

habitaba mi madre y donde mis hermanos y yo le besábamos la mano todas las noches y todas las mañanas, en señal de amor y de respeto. Me da miedo ir allí: se me figura que las sombras venerandas de mis padres evocadas por tan intenso amor compadecidas saldrían á recibirme. ¡Con los años, todo debe haber variado mucho! ¡Quién sabe si hayan talado las arboledas de las márgenes del río que cuidábamos tanto: las presas estarán azolvadas y cambiado el curso de los riegos! ¡Aquellos servidores tan fieles y que tanto nos amaban se habrán muerto ó se habrán ido: los ganados también serán quizá de otra raza menos briosa y menos bella!

No podré explicarlos, pero estos sentimientos inefables y purísimos del hogar, son los que en Nazaret se experimentan en toda su sublime intensidad. El que allí llega, por lejos que se encuentre de su patria y su familia está en su propia casa, siente que ha llegado á las puertas de la morada en la tierra, de la Madre inmortal de todos los humanos. Nuestra cuna estuvo en el paraíso; pero en Nazaret estuvo el primer hogar que existió sobre la tierra y de don-

de brotaron todas las virtudes que han ennoblecido y santificado todos los hogares cristianos que en el mundo ha habido.

Como de venero indeficiente, de ese humilde hogar han brotado las santidades domésticas; los padres honrados y trabajadores, las esposas humildes y fieles, los hijos cariñosos y obedientes: la inocencia de las alegrías, la templanza en las prosperidades, las resignaciones en las miserias y las desventuras. Ese hogar purificó todas las sonrisas y todas las lágrimas de las familias, y á la muerte misma le quitó sus pavores, haciendo que el padre de familia que ha vivido en temor y justicia se extinga rodeado de los suyos en paz y tranquilidad; que desaparezca de la escena de la vida casi con majestad, como un sol que se hunde en el ocaso.

Si María no es una verdad, si no es ella nuestra Madre, ¿por qué se sienten entonces emociones tan hondas y tan gratas, tan inefables y sublimes, al traspasar los umbrales de su hogar?

IV

Distinta, pero igualmente intensa es la emoción que al alma agita, al llegar á Karim, aldea pequeña y que apenas dista dos leguas de Jerusalem.

Sain Karim, como le llaman los árabes, ó San Juan de la Montaña, como le nombran los cristianos, es hoy un pueblecillo que tendrá, entre católicos y musulmanes, menos de mil habitantes. Allí estaba la casa de San Zacarías y Santa Isabel, y allí nació el precursor San Juan Bautista, el más santo de los hombres, como se dignó llamarlo el Verbo mismo de Dios. Una parte de la casa de Santa Isabel, como la de la Santísima Virgen en Nazaret estaba labrada en la roca misma; sobre la estancia en que nació el Bautista se levanta la iglesia que hoy existe y de la que están encargados los reverendos padres de Tierra Santa, y de la que especialmente cuidan sacerdotes de origen español.

Hay dos altas colinas, ó más bien dos montañas cuyos flancos están separados por una profundísima y amplia barranca. En una de esas faldas se asienta la aldea de Ka-

rim, y en la otra y frente á ella, separada por la hondonada, se levanta una pequeña iglesia erigida en el lugar mismo que ocupaba la casa de campo de Santa Isabel y en la cual vivió la Virgen Santísima durante tres meses, cuando vino á visitarla. Aquellos frondosos lugares están cubiertos de terebintos, olivos, árboles frutales y algunos viñedos; y regados por las aguas de una fuente que reparte sus linfas cristalinas por varios arroyuelos y corrientes. Cuando siguiendo las tortuosas y desiguales calles, más bien veredas de la aldea, salimos de Karim, nos detuvimos en el manantial llamado la fuente de la Virgen, por haber Ella servídose de sus aguas, y atravesando el cauce del torrente que separa una de otra, subimos á la colina donde está la iglesia de la Visitación.

El cauce del torrente que atravesamos, es el principio del desierto de San Juan, que sigue hacia el Sur ahondándose más y más y que presenta el aspecto de una de esas abras pavorosas que se abren en los flancos de nuestra Sierra Madre. Arrojando la mirada en la misma dirección en que corre el desierto de San Juan, se miran allá muy á

lo lejos las cenicientas montañas de Moab, y más lejos aún las del Yemen y de Arabia. La colina donde la iglesia de la Visitación se asienta, está cubierta de grupos tupidos de árboles, y tapizada de una vegetación verde oscura, lozana y fresca.

La iglesia es un edificio sencillo, y pequeño, pero pintoresco y poético en su misma simplicidad. Precede á la entrada del templo un patio pequeño rodeado de tapias blanqueadas con cal, y cuya puerta es una verja de hierro. El interior de la iglesia, que es de cortas dimensiones, tiene un altar en su fondo, y sobre el altar se mira un hermoso cuadro representando la visita que Nuestra Señora hizo á Santa Isabel. En el lugar que hoy ocupa el altar estaba el dintel de la puerta exterior de la casa de la madre del Bautista. “¡Dichosa casa, exclama San Buenaventura, dichosa casa que recuerda tales madres y tales hijos!”

La tradición y el Evangelio refieren que al saber que su prima Santa Isabel había concebido fruto de bendición, como era costumbre hebrea entre parientes, salió de Nazaret la Virgen para ir á felicitarla. Atravesó la Virgen Santísima la Galilea, la Sa-

maría y la Judea á pie, y cruzando ásperas montañas, tendidas llanuras, gargantas agrestes y duros pedregales. Llegó al fin á la casa de Santa Isabel y al verla le dijo “salam” ¡salud! Santa Isabel al oírla, llena de alegría quiso arrojarse en sus brazos, pero al sentir un gozo tan intenso en su corazón y que saltaba de júbilo el fruto de sus entrañas, iluminada por la gracia y trémula de emoción, sólo pudo exclamar tendiendo hacia María sus brazos: ¿De dónde á mí la dicha que la Madre de mi Señor venga á mi casa? Bendita tú entre todas las mujeres y bendito sea el fruto de tu vientre. Apenas ha sonado tu voz, y mi hijo se ha estremecido de gozo dentro de mis entrañas.” La Virgen entonces, inclinando sus ojos, prorrumpió en el “Magnificat,” ese éxtasis sublime de la humildad, como le llama San Ambrosio, ese himno incomparable, ese cántico el más alto que haya entonado lengua humana y que haya resonado en la tierra y en los cielos!

Ese cántico sólo basta á probar la divinidad del cristianismo: basta el “Magnificat” para creer en Jesucristo y caer de rodillas ante el Crucificado. ¿Qué son compa-